

PRÓLOGO

Con el asesinato del general Francisco R. Serrano y sus trece acompañantes, en Huitzilac, se mutilan las últimas horas de la Revolución Mexicana de 1910. Como la de tantos surgidos del incendio rebelde, su vida refleja las virtudes y los vicios de un proceso histórico en su etapa culminante. Es uno de esos doscientos «hombres decisivos de la Revolución en su etapa destructiva». Nace y se forma en el noroeste del país, que con solamente el dos por ciento de una población aproximada a los diez millones de habitantes, aporta al menos el diez por ciento de los líderes alzados.¹ Esta última cifra adquiere su plena valencia al observarse que tal porcentaje es el vértice supremo del poder nacional, ya sin contrincantes en los años veinte y parte de los treinta.² En su momento, Serrano llegó a estar al menos entre los cinco primeros personajes más poderosos de la élite revolucionaria del Nor-Pacífico. Ésta es la extraordinaria posición de un criollo rural e independiente, nativo de la periferia de una nación, la del Altiplano y la Ciudad de México. Su educación no es vasta, pero sí superior al promedio, contando con que en el México del atardecer porfirista impera el analfabetismo. Se habilita en teneduría de libros, un oficio propio de individuos de caudales flacos y ambiciones grandes, lo que le prepara en cuentas y finanzas, muy útiles en esa empresa que se llamará Revolución Mexicana.

Es originario de Sinaloa, como también lo son Benjamín Hill (residente de Navjoa), Salvador Alvarado (residente en Guaymas), Rafael Buelna, Héctor Ignacio Almada, Ángel Flores y Ramón Iturbe, entre otros. Desde su juventud conoce a otros «fuereños» devenidos sonorenses, como Roberto Cruz (de Guazapares, Chihuahua), el ingeniero Luis L. León (Ciudad Juárez) y un oscuro sargento a quien

algunos hacen nativo de Zacatecas y otros de Chihuahua: Eugenio Martínez. Desde temprano, conoce y convive con Álvaro y José J. Obregón (cuyo hermano Lamberto es esposo de Amelia Serrano, lo que le hace su cuñado), Plutarco Elías Calles, Adolfo de la Huerta, Ramón Ross, Fausto y Ricardo Topete, Arnulfo R. Gómez, Francisco R. Manzo, Alejo Bay, Juan Platt, Francisco Urbalejo, José Ma. Aguirre, Gonzalo Escobar, Jesús M. Aguirre, Ramón P. de Negri, Pedro J. Almada, Flavio A. Bórquez, Gilberto Valenzuela, Cosme Hinojosa, Roberto V. Pesqueira, Gilberto Limón, Abelardo L. Rodríguez, Fernando Torreblanca, Alberto Mascareñas, Francisco de Paula Morales y Juan de Dios Bojórquez, entre otros. Esta lista que parece larga no es más que la cima de ese pequeño porcentaje de personas que dominaría el país por más de quince años, e impondría su visión del futuro de México.

Si Sonora tiene la preeminencia revolucionaria, en su interior unas regiones son más importantes que otras: Hermosillo, Guaymas, Huatabampo, Navojoa y Álamos se distinguen de los demás centros urbanos del estado. Desde temprano Serrano se mueve en este circuito, desarrollando sus posibilidades a la manera de sus coterráneos. Ellos practican sobre todo la agricultura y el comercio en pequeño, y los más bien mezquinos negocios públicos. Alzados y prácticos, maquiavélicos y crueles en muchos casos, los jefes sonorenses aprenden los rudimentos del ejercicio del poder, y poco de democracia y derechos humanos. Una vez en los caminos revolucionarios, los sonorenses y sinaloenses tejen las alianzas cambiantes que les proporciona el constitucionalismo, y atraen hacia ellos a personajes como Aarón Sáenz, Jesús M. Garza, Juan Andreu Almazán, Manuel M. Diéguez, Joaquín Amaro, Enrique Estrada, Pascual Ortiz Rubio, Lázaro Cárdenas, Miguel M. Acosta, Antonio I. Villarreal o Lucio Blanco, y a civiles como José Vasconcelos, Alberto J. Pani, Luis N. Morones, Manuel Gómez Morín, Antonio Díaz Soto y Gama o Miguel Alessio Robles. Mucho dieron de que hablar tales señores.

Los norteños se hacen del poder y dan a sus gobiernos un carácter a la manera de sus enseñanzas en el terruño, contrario a lo hecho por Porfirio Díaz y su grupo en 1876, que representaba distintos intereses regionales. Guardando las reservas debidas, de tiempo y circunstancia, los porfiristas llevan a cabo un movimiento exclusivamente militar, mientras que los segundos son el último aliento de

una revolución social. No es, ciertamente, el cuerpo armado de Obregón uno de campesinos en rebelión, sino un ejército profesional que primero se llamaría Columna Expedicionaria del Noroeste, en el que Serrano es el segundo a bordo. Esos norteños dan el apoyo necesario para que fructifique el impulso rebelde de Carranza en Coahuila, y de otros aliados antes movilizados por el maderismo, con la notable excepción de la División del Norte y su cabeza: el general Francisco Villa, primero aliados y luego encarnizados enemigos. Más adelante, la rebelión de Agua Prieta decanta y define al poder sonoreense, ya libre de su amistad carrancista. El afianzamiento y la legitimidad de los gobiernos de Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles dependerá en buena medida de la aceptación de los demás grupos políticos y sociales de la hegemonía norteña. La fórmula del éxito combina la construcción de alianzas y la represión de los contados insumisos. En este proceso, el general Francisco R. Serrano desempeña un papel clave, por su hábil manejo de los instrumentos de la paz y la guerra que tiene en sus manos a partir de las responsabilidades que le son asignadas.

La elite revolucionaria, donde Serrano figura de modo prominente, es un grupo cerrado. Sus miembros llevan a la capital a sus familias, se divierten en el Casino Sonora-Sinaloa y evitan el contacto (al menos en público) con la derrotada oligarquía, que los acepta a regañadientes. La aristocracia mimada con largueza por don Porfirio, y por tanto herencia hostil del antiguo régimen, la considera pueblerina y advenediza. Los Escandón, Amor o Martínez del Río abominan el metálico acento de Sonora y Sinaloa, tan rústico como sus ideas que pasean a caballo, pero a quienes se someten, para salvar del naufragio todo lo posible, y si se les permite, participar en sus negocios. Por su parte, los nuevos amos quieren asemejarse a los antiguos y compiten en riquezas y sus símbolos: se hacen de propiedades extensas y buscan emular su elegancia, con residencias palaciegas y finos automóviles y vestidos. Algunos son famosos por sus impresionantes saltos sociales, como el general Joaquín Amaro que se convierte en el paradigma de una nueva simbiosis entre los viejos y los nuevos soberanos. Dice la leyenda —el asunto no es para cruzar apuestas— que Amaro renuncia a una cimarrona arracada de una de sus orejas, aprende modales de mesa y, en general, a conducirse con propiedad; muestra una debilidad irrefrenable por el polo, deporte que

práctica con la *jeunesse dorée* de rancieros apellidos. Atrás quedan sus días de mozo peón de hacienda en Zacatecas, de miseria e ignorancia. A él sí le hizo justicia la Revolución.

Francisco R. Serrano participa en la sucesión de rompimientos entre los grupos que lanzaron, llevaron adelante y condujeron la Revolución Mexicana. Podemos establecer una sucesión de este tipo en el maderismo (sobre todo con las salidas de Pascual Orozco y Emiliano Zapata), luego en el constitucionalismo (Carranza y Obregón contra Villa), seguido de Obregón contra Carranza, para continuar con la de De la Huerta contra Obregón, luego la escisión en la que es personaje principal, con Gómez y contra Obregón. No vive para conocer la pequeña rebelión encabezada por el general Gonzalo Escobar contra el presidente Portes Gil. Unas más, otras menos, todas fueron rupturas serias de la llamada «familia revolucionaria», lo que evidencia un desgaste permanente del grupo norteño. El relevo del último sonorense en la presidencia de la República, el general Abelardo Rodríguez, en favor del general Lázaro Cárdenas, es más que sintomático de que el grupo está definitivamente fracturado. Pero el divisionario michoacano liquida en forma incruenta la hegemonía norteña, lo que causa la extrañeza de Luis González y González —cuya cita es pertinente una vez más: «hasta resulta ridículo que una pléyade tan bronca como fue la revolucionaria, haya sido arrojada del poder político tan pacíficamente, sin mayor estruendo»—.³ Esta mansedumbre es el saldo de los sangrientos y costosos ajustes de cuentas al interior. La élite fue proclive a enviar al otro mundo a sus propios miembros, y al general Francisco R. Serrano le costó la vida disputar la presidencia a su antiguo jefe.

Francisco Serrano es elemento principal de quince años de hegemonía norteña. Los mismos elementos que favorecen su cohesión antes de 1920 son los que precipitan su caída. Un afán de buscar el poder político y las riquezas a su amparo, caracterizan a un puñado de audaces (con notables excepciones), que desde Sonora y otras regiones deciden lanzarse a la *conquista revolucionaria* de México. Es de llamar la atención que, una vez entronado su pugnaz grupo político, no se recibió ningún desafío proveniente de la sociedad. En todo caso, quienes se lanzaron a las armas contra ellos no representan ninguna oposición digna de ser tomada en cuenta y provienen de la misma corriente armada nacida al calor de la Revolución. No hay ningún mo-

vimiento nuevo de carácter popular y reivindicatorio, ajeno a ellos, que se les enfrente. Son dos los elementos que se encuentran en la explicación de este fenómeno: una sociedad cansada de pelear en una lucha interminable y que solamente los norteños pudieron detener en sus aspectos más destructivos, y derivado de esto, un grado aceptable de legitimidad en el interior del país y ante el extranjero, por su capacidad para pacificar a la nación, emprender los trabajos iniciales de la reconstrucción, procurar reformas y someter a los elementos potencialmente más rebeldes y con capacidad de lucha.

La nota dominante en la campaña presidencial iniciada en 1927 con tres candidatos, y concluida en 1928 con Obregón como el único sobreviviente, nos dice mucho acerca del escaso desarrollo institucional alcanzado hasta ese momento por la «Revolución en el poder». Apenas cuatro años antes se percibía un cierto juego de partidos y de expresión mediática que, a pesar de las limitaciones impuestas por el obregonismo, prometía que en las tareas refundacionales del Estado se incluía la instauración de la democracia. Pero dos circunstancias acabaron revertiendo este proceso. Por un lado la rebelión delahuertista —que da todos los pretextos necesarios para reservar el juego político a los que en el momento conservan el poder—, y por otro, la supervivencia del imperio del caudillismo —en la que un solo hombre suplanta a las instituciones— constituyen el telón de fondo del autoritarismo, el primero como circunstancia, el segundo como condición. El presidente Calles, contra toda prueba que se presente en contrario, mantenía una subordinación frente al antecesor que ahora deseaba su puesto. Pero parece no encontrar más alternativa que ser cómplice de las pretensiones desmedidas del general Obregón, y si en su fuero interno las rechazaba, no escatimó ningún esfuerzo para apuntalar a su amigo y jefe. Obregón, Francisco R. Serrano, Arnulfo R. Gómez, todos los contendientes, por razones de historia, de ambición y de mentalidad, en su momento jugaron a la democracia, pero nunca les abandonó la idea de que podían tomar el poder por la fuerza, si las elecciones no les favorecían. La cultura de la competencia política pacífica no acababa de nacer, y quienes decían participar en ella, coincidentemente todos militares, educados en la línea de arrebatar, eran los primeros en poner el mal ejemplo. El sistema de partidos en el veintisiete había retrocedido frente al que existía en el veintitrés, y ya era un anuncio de las vísperas del partido

único, fundado por los callistas en el veintinueve. Los partidos del momento vivían porque eran comparsas de los poderosos, llámese el presidente, el caudillo o los dos juntos.

¿Cuál es el trasfondo del intento de vuelta de Obregón al poder? ¿Cuál es la lógica de su temeraria resolución, que convocaba a los espantos del pasado? Para responder a estas preguntas, es necesario conceptualizar la figura del general Obregón en su papel de líder carismático y medular de un régimen personalista y cuasimilitar, cuyos mecanismos partidistas, procedimientos administrativos y atribuciones legislativas estuvieron sometidos a su control, de manera directa o indirecta. Desde 1920, año en que asume la presidencia, investido de la legitimidad que le daban sus victorias militares y su retórica progresista, disponía de una amplia capacidad de ejercicio del puesto a través de la dependencia basada en la lealtad de sus seguidores inmediatos su popularidad personal, y cuando estos fallaban, en la fuerza y el fraude.

El desafío del general Francisco R. Serrano al poder del caudillo, a quien conocía mejor que nadie por su cercanía de tantos años, no es fácil de explicar. A todas luces su desafío es formidable, por más confianza que tenía en la viabilidad de su empresa opositora. Serrano sabe de sobra que su vida está en peligro, porque conoce los alcances bárbaros de Obregón en su trato con los enemigos, porque él fue testigo de sus duras decisiones respecto de la vida o la muerte de personas. ¿Qué le lleva entonces a poner en riesgo su posición política y económica eminente, su prestigio, su vida y la de los suyos? ¿Por qué no hacer lo que hicieron los Almazán o los Sáenz: dedicarse a hacer negocios y a conservar lo alcanzado en la lucha revolucionaria? Las respuestas pueden buscarse en los espacios propios de las pasiones del poder, en los que la ambición es soberana, y en la esfera ideológica que en Serrano es la no reelección presidencial y el fin del imperio del caudillo. Una cosa más: el valor demostrado por el hombre a lo largo de la campaña presidencial, hasta el momento de su aprehensión o en los últimos minutos de su existencia, es parte noble de su vida. Su esfuerzo pasa a la historia, con trágico signo, en la línea de quienes alguna vez ignoraron al más poderoso, como fue Venustiano Carranza, o de plano lo desafiaron, como Adolfo de la Huerta.

Como antecedentes del libro que presentamos, y que fueron de gran utilidad, son de mencionarse, entre otros, los trabajos siguien-

tes: la tesis profesional de Javier García Méndez, *Huitzilac, versión no oficial* (1989); *La tragedia de Cuernavaca en 1927 y mi escapatoria célebre*, de Francisco Javier Santamaría (1939); *La matanza política de Huitzilac*, de Celia D'Acosta (1976), *El anti-reeleccionismo como afán libertario de México*, de Vito Alessio Robles (1993); *60 años en la Vida de México, 1920-1940*, del general Ignacio Richkarday (1963), *La tragedia de Huitzilac*, de Héctor Olea (1971) y *La sombra de Serrano*, serie de artículos publicados por la revista *Proceso* en 1980. Con sus virtudes y sus defectos, la mayor parte de ellos son testimonios periodísticos o partidarios, que nos ayudaron a ubicarnos en un tema muy complejo, quizás el más difícil al que nos hemos enfrentado en nuestra tarea de biógrafos de personajes de la Revolución. En diferentes momentos, ellos echaron luz en la oscuridad de una de las figuras más apasionantes de un periodo tan importante de la historia de México en los años veinte.

Deseo dejar constancia de mi gratitud a todas las instituciones y personas que me ayudaron de diversas formas a llevar adelante este libro. La Universidad Autónoma Metropolitana proveyó todo tipo de apoyos indispensables, de los materiales a los morales, y mis amigos y colegas siempre me animaron a llevar adelante un esfuerzo que bien valió la pena. El Instituto Federal de Acceso a la Información (IFAI) me puso al tanto de la Ley de Transparencia y Acceso a la Información Pública y su aplicación, que sitúa a México en una situación a la par de los países más adelantados en la materia. La Secretaría de la Defensa Nacional, con su excelente archivo histórico, y al subteniente Sergio Martínez Torres, que además de su eficiencia es un impresionante conocedor del tema, me permitieron la consulta sin límites de todo el material que me interesaba. El periódico *El Universal* me dio todo tipo de apoyos para hacer uso de su magnífica hemeroteca; hago constar la enorme deuda que tengo con Alejandro Jiménez y su equipo. El Fideicomiso Archivo Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca fue de gran ayuda, y más todavía la fina atención de su directora Norma Mereles de Ogarrío y de su amable personal. Al Banco de México y a la licenciada Graciela Andrade, por dejarme consultar sus archivos históricos tan interesantes. El Archivo Histórico-Diplomático Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores me permitió conocer algunas partes de la vida diplomática del biografiado. Colegas míos me tendieron la mano sin restricciones cuando les solicité

información y consejo, como los historiadores Zacarías Márquez, Dudley Ankerson, Elvira Buelna, Begoña Hernández, Delia Salazar, Mercedes de Vega, Josefina Moguel y Pablo Serrano. María Eugenia y Francisco Castillo Nájera me permitieron revisar los papeles de su abuelo que me revelaron datos interesantes. Federico Serrano hace algunos años puso en mis manos información muy útil y me contagió de su entusiasmo porque algunas verdades fueran conocidas por el público. Reconocimiento especial hago a don Reynaldo Jáuregui Serrano, en quien tuve una valiosa fuente de la memoria de la época, y sobre todo, una profunda amistad y afecto que guardaré toda mi vida. De la misma manera, deseo expresar mi gratitud hacia la joven historiadora, brillante alumna, Eunice Ruiz, sin cuya ayuda generosa y desinteresada en el Archivo General de Notarías de la Ciudad de México no hubiera podido saber nunca del aspecto patrimonial de la vida de Serrano. Mario Velasco me permitió optimizar los recursos de la computadora y me dio valiosas orientaciones para mejorar el aspecto técnico del trabajo. Agradezco también las interesantes charlas que tuve con don Pablo Buelna, Gloria y Graciela Serrano Avilés, y su amable hospitalidad en sus hogares, en aquellas mañanas y tardes en que platicamos del tema que a todos nos interesaba.

Además, deseo agradecer la cortesía por las fotografías que ilustran el libro a don Reynaldo Jáuregui Serrano, María Eugenia Castillo Nájera, Francisco Castillo Nájera y Rubén Montero.

I

DE LA PERIFERIA AL CENTRO DEL PODER

Francisco Roque Serrano nace el 16 de agosto de 1889 en Rancho de Santa Ana, Distrito del Fuerte, Sinaloa, miembro de la familia integrada por don Rufino Serrano y doña Micaela Barbeytia Álvarez y su numerosa prole: Manuel (fallecido tempranamente), Manuel, Aurelia, Amelia, Argelia, Rufino (fallecido tempranamente), Rufino, Felipe, Micaela, Rómulo, Adela, Francisco Roque y Dolores. La dureza de la vida y la pobreza sin remedio del lugar natal llevan a don Rufino a transitar nuevos caminos. Prueba suerte en el cercano pueblo de Toro, luego en Ahome y Villa del Fuerte, para recalar finalmente en Huatabampo, cuando Francisco Roque tiene apenas cinco años. Es penoso para el patriarca cargar con tantos desde el solar nativo, y matar sus sueños de minero, ese delirio por encontrar la dorada veta o el placer en el río o en la sierra. La terca realidad se le impone y la solución en la necesidad familiar estaría en la agricultura y acaso en el comercio. La tierra prometida es el pueblo de Huatabampo, pequeño caserío de dos o tres calles, tan común y corriente como tantos otros que brotaron a la vera de las tierras de la colonización agrícola en el norte, bárbaro por su clima y por su gente. Fundado apenas en 1892, en una misión franciscana al margen de los ríos Álamos y Bachoca, resulta de la política pacificadora de los mayos rebeldes, puesta en práctica después de que arrasaran con Navojoa, la población de importancia más cercana.¹ La idea del gobierno es la de ofrecer tierras a los que quisieran cultivarlas, al lado de los que son asignadas a los indígenas, con muy buenos resultados, porque blancos y naturales aprenden en paz a construir su casa común.

Al poco de establecerse en el lugar, los Serrano Barbeytia pronto se encuentran con los Obregón Salido, agricultores precarios a la

que se parecían, entre otras cosas, por su insólito número de miembros y por su modesta condición. Las dos familias sufrirían prematuramente la orfandad paterna. Eran como muchas otras similares en las regiones norteñas, y de no haber sido por los acontecimientos revolucionarios, habrían pasado sin dejar más memoria —si acaso— que la de sus descendientes. El mayor de los Obregón Salido es Lamberto, de singular barba, que recuerda al presidente Rómulo Díaz de la Vega, y que acaba casado con Amelia Serrano, hermana de Francisco. El menor de quince es Álvaro, dicharachero, bromista, puntalero, astuto y de bravo carácter. En Huatabampo dominan las actividades agrícolas y los oficios vinculados, y un joven no tiene mucho de donde escoger si carece de tierras: los negocios abarroteros, los pequeños puestos en la administración municipal, el ejercicio del magisterio y poco más que contar. En este flaco y alejado pequeño mundo, se sufre por ganar el sustento y nadie se imagina que un día será centro imaginario del país, que varios de sus rústicos pobladores estarían en la fila de los vencedores de la Revolución y el poder de toda una nación. Quién soñaría, en el crepúsculo de la dictadura, bajo el sol a plomo sobre su cabeza, que en su nombre y de los suyos correrían ríos de tinta y también de sangre.

En Huatabampo no se oyen los crujidos del agrietado edificio porfiriano y el estruendo de sus techos desplomados. Poco o nada se sabe de lo que ocurre en San Luis Potosí, en Yucatán, en Veracruz o en la Ciudad de México. «Pueblo encanijado y gris, Huatabampo siempre cubierto de polvo»,² es un punto ignorado en los trazos de los cartógrafos. Francisco R. Serrano asiste a su única escuela primaria, un jacalón de cuartos corridos, recuerdo de mejores tiempos, de aplanados de cal en el adobe reseco y gastado. Con buen aprovechamiento, bajo la guía del mentor don Ignacio F. Castro, Panchito aprende a leer y escribir. Único hombre joven de la casa, dada la ceguera de su hermano Manuel a causa del sarampión, y del fallecimiento prematuro de los demás varones, pronto es el brazo derecho de su padre. Conoce de responsabilidades desde temprana edad, porque no tardará en ser el único proveedor de la familia. ¿Sería ésta la clave de su maduración precoz? Claro que sí. ¿Cuándo empezaría a tratar a Álvaro Obregón? Es de suponerse que al llevarse nueve años, una distancia enorme cuando se es niño o joven, difícilmente pudieron ser amigos

de juegos, pero debido al noviazgo y posterior matrimonio de Lamberto Obregón y Amelia Serrano, entre las familias y sus miembros se tienden fuertes lazos de afecto y parentesco, indestructibles a pesar de las tragedias del porvenir. En aquellos años de la juventud, de romances, de bailes los viernes, de comidas los sábados, de domingueros días de campo a orillas del río, los Obregón y los Serrano serían más que amigos.

El futuro promisorio de Huatabampo no lo es en la medida de los sueños de los Serrano Barbeytia. Francisco Roque, la esperanza de la familia, debe prepararse, y pronto, en una carrera que le permita ejercer un empleo y solventar los gastos domésticos. Así, al terminar la primaria en 1902 y apenas con trece años, es enviado a Villa del Fuerte a aprender un oficio, con un viejo conocido de su padre, un antiguo coronel y profesor de nombre José Rentería, que regentea una escuela local. Pancho resulta ser un muchacho listo y atento, así que se empeña en el estudio de la teneduría de libros. Entre los números y las diversiones propias de su edad y fuera del alcance paterno, Serrano pasa por esos años en compañía de quienes algún día figurarían notablemente en la política local y hasta nacional. El mismo Rentería algún día sería gobernador, Antonio A. Guerrero diputado constituyente y general obregonista, Manuel Lugo jefe de las guardias presidenciales de Calles, Fausto Topete general y gobernador de Sonora, Alfredo Delgado general y gobernador de Sinaloa, entre otros.³ Son los tiempos del impertérrito gobernador de Sinaloa, el general Francisco Cañedo, réplica local de su jefe el general Porfirio Díaz.

Al terminar los dos años de contabilidad, Pancho Serrano trabaja en Villa del Fuerte en la tienda de don Fortunato Vega, pero ya con inquietudes políticas en paralelo a los negocios. Su jefe le presta libros de los anarquistas Rhodakanaty, Kropotkine, Reclus y otros, que por entonces circulan ampliamente en ediciones baratas, así como periódicos de oposición tales como *El Hijo del Ahuizote*, *El Diario del Hogar* o *Regeneración*. Vega le contagia su fervor anticañedista y lo convierte a la causa de quienes se oponen al gobierno de Díaz. Serrano siente que el ambiente político le asfixia y lo constriñe en sus todavía vagas aspiraciones políticas, y en esta línea, uno de sus biógrafos le acredita una frase inolvidable: «reelección es sinónimo de castración». Contando apenas con quince años y atraído por un aumento de sueldo, pasa a la casa de don Cosme Almada Becerra en Na-

vojoa, donde es tenedor de libros, a la vez que lleva la contabilidad de otros negocios de la localidad. Ya para entonces es el sostén de su familia, porque las finanzas paternas van de mal en peor. Tres años después se traslada a Mocerito, para trabajar en el negocio de don Manuel J. Esquer, en el que también es tenedor de libros y apoderado, y después a Álamos, con don Lauro Quirós, cuya tienda «El Amigo de los Pobres» es mejor conocida como «El Amago de los Pobres».⁴ Estamos en 1907 y le vemos probando suerte en el periódico *Criterio Libre*, donde se encarga de una columna que ataca al régimen y revela un manejo aceptable de la pluma que mejoraría con el tiempo. Repudia la última reelección del general Cañedo, y en alguna visita a Culiacán, es reconocido por un agente del gobierno y consignado a la cárcel acusado de injurias, expediente favorito del régimen para enfriar los ánimos de los opositores. Cañedo mismo tuvo curiosidad de conocer a quien tan duro le atacaba, y al tenerlo de frente, rejas de por medio, el gobernador le pregunta la razón de su enemistad, si ningún mal le hace. Su lacónica pero elocuente respuesta, digna de la memoria, fue: «A mí nada, sino al pueblo.»⁵ El viejo Cañedo, en lugar de enojarse, celebra el valor del joven tigre y ordena que se le retiren los cargos, y se le libere de inmediato.

Pancho está poco dispuesto a seguir una carrera en el mundo de los negocios pueblerinos, pero tampoco hay mucho de dónde escoger. En 1908 acepta un nuevo empleo, ahora en la construcción del Ferrocarril Sur-Pacífico, que tiende sus vías desde Nogales hasta Guadalajara. En la estación de Quilá, ejerce como tomador de tiempo y rayador de la compañía, desde su oficina, un vagón anclado en una vía muerta. Se ignora dónde se origina la historia de que aquí Serrano se pone a prueba como actor y comediante, «payaso» dirían sus detractores. Se ha dicho que participó en alguna función teatral o de circo aquí o quizás en Navojoa, e incluso que fue parte de una compañía teatral ambulante, con el mote de «Tamborino», porque cargaba un tambor yaquí que aprendió a tocar por ahí. No hay ninguna evidencia que sostenga cualquiera de estos dichos, pero es claro que la leyenda pretende degradar su personalidad. Cierto o falso lo anterior, Pancho Serrano se divierte cuando puede y en algún sarao conoce a Amada Bernal López, hija de una familia tradicional de San Ignacio, con quien se casa el 11 de octubre de 1912 en dicho lugar; ése fue su único matrimonio, sin descendencia.⁶

En junio de 1909 fallece repentinamente el gobernador Cañedo, hecho que desata una inusitada crisis sucesoria. Para reemplazarlo, la oligarquía sinaloense cierra filas en torno a Diego Redo de la Vega, miembro de una de las familias más poderosas del estado, dueña de haciendas, comercios, fábricas de hilados y tejidos e ingenios. Los inconformes con el régimen imperante, entre los que se encuentra Francisco R. Serrano, ponen sus ojos en José Ferrel Félix, periodista de larga trayectoria de oposición. Animado como muchos de la esperanza nacida de la entrevista del presidente Díaz con el periodista James Creelman, Ferrel se lanza a la competencia electoral, confiado en que si «la democracia es una tarea del pueblo; la obligación del gobierno es respetarla». Miembro menor de la elite sinaloense, reúne tras su personalidad a empleados públicos, profesionistas, pequeños comerciantes y obreros. Serrano se inclina por el ferrelismo, aunque no desempeñó un papel de primera línea.⁷ A la postre, en virtud de lo que se conoce como el «gran fraude electoral», Redo se impone a su contrincante y Ferrel se apaga tan pronto como se encendió, hasta desaparecer de la escena política.

La vida en Sinaloa carece de atractivos para Pancho, por lo que regresa a Huatabampo con los suyos, lugar donde se encuentra cuando don Francisco I. Madero visita durante su gira de propaganda en el noroeste. Serrano se presenta ante él y, junto con Benjamín G. Hill, funda el club antirreeleccionista de Navojoa. Hill, sinaloense como él y establecido en Navojoa como agricultor, es el maderista más entusiasta, y al estallar la violencia revolucionaria, es aprehendido y recluido en la penitenciaría de Hermosillo, donde permanece hasta abril de 1911. De Serrano no se tienen mayores noticias de su participación en el movimiento contra Porfirio Díaz, excepto la escueta versión de Ramón Puente, en el sentido de que «fue de los primeros en levantarse en armas militando bajo las órdenes de Benjamín Hill, que había sido el alma de los partidarios de Madero en aquellas regiones».⁸ Sus amigos del lugar se dividen en sus preferencias políticas, y hay uno que se mantiene a prudente distancia de los acontecimientos, observando hacia dónde se inclina la balanza. Se trata del simpatizante del porfirista Ramón Corral y escéptico del maderismo, Álvaro Obregón Salido, recién viudo que por entonces pretende el consuelo —sin lograrlo, porque fue rechazado— en una de las hermanas de Pancho.

La revolución de Madero triunfa y Serrano encuentra en este hecho su primera oportunidad política. Por un azar de acontecimientos, el gobernador de Sonora José María Maytorena lo nombra su secretario particular, cargo que ocupa entre 1912 y 1913. Se ignora cómo Serrano logra el puesto, aunque se especula que en ello tuvo que ver Ismael Padilla, secretario de gobierno, a quien habría conocido en Culiacán durante la campaña ferrelista.⁹ Las razones de este empleo son imaginables, porque cuenta con las cualidades necesarias para desempeñarlo con éxito. Posee una clara inteligencia, capacidad de trabajo, nervios de acero, habilidad política y plática agradable, salpicada de humor y picardía. Pero su encomienda es complicada debido a las difíciles circunstancias políticas por las que atraviesa su jefe Maytorena. En aquellos meses el gobernador apenas saca la cabeza, tratando de sobrevivir frente a la hostilidad de los simpatizantes sonorenses de Carranza, como Álvaro Obregón —ahora políticamente correcto—, Plutarco Elías Calles, Adolfo de la Huerta, y otros, ya unidos en una suerte de bloque político-militar que dará mucho de qué hablar en el futuro. Aislado entre los suyos, a Maytorena no tiene otra que buscar aliados fuera de su estado, y nadie mejor que Pancho Villa, el vitriólico guerrero que comparte su antipatía hacia los socios de Carranza. En ese mundo rudo de la política, Serrano debe empeñar sus mejores esfuerzos para fungir como negociador, tarea facilitada por sus vínculos de familia con Obregón. Cuando Maytorena deja su cargo por seis meses «para curarse un mal» en la ciudad de Tucson, Serrano le acompaña en ese autoexilio causado en realidad por su negativa a repudiar el golpe de Huerta contra Madero.¹⁰ Pero Serrano ya conoce el poder y no piensa abandonarlo, así que decide regresar a México en compañía de Adolfo de la Huerta, quien ha intentado sin éxito convencer a Maytorena de tomar de nuevo las riendas de la gubernatura sonorensis. Paso seguido, Serrano y Francisco Manzo se dirigen a Nogales, y De la Huerta hacia Agua Prieta, para encontrarse con su amigo y correligionario Plutarco Elías Calles.¹¹

Un propósito le guía en esta decisión: ponerse a las órdenes de Álvaro Obregón, quien arrebató la plaza de Nogales al coronel federal Emilio Kosterlisky. Lo recibe cariñosamente y le nombra encargado de la recaudación de los impuestos de la aduana, la reorganización de las oficinas federales y la pagaduría de los haberes de las tropas.

Sus habilidades administrativas, con toda una experiencia ya acumulada en pequeños negocios, le serán útiles para realizar sus tareas desde ahora y hasta el fin de la lucha revolucionaria. Es bajo de estatura, delgado, de frente ancha y de ojos astutos, y no le abandona su humor campirano ni su facilidad para las frases ocurrentes y chistes oportunos. Con el grado de capitán —el que correspondía a la función realizada—, Serrano se incorpora al Estado Mayor de la Columna Expedicionaria de Sonora el 1 de marzo de 1913 y, a partir del 1 de octubre del mismo año, desempeña la misma posición en el Cuerpo de Ejército del Noroeste. Participa en las batallas del general Obregón: Cananea (26 de marzo de 1913), Santa Rosa (12 de mayo), sitio de Ortiz y Santa María (19 al 26 de junio), sitio de Guaymas (26 de junio al 13 de julio), Cruz de Piedra, La Bomba (10 de agosto a 25 de octubre), Culiacán (8 al 14 de noviembre), Isla de Piedra (5 al 10 de mayo de 1914), Orendáin (6 a 8 de julio, lo que abre la plaza de Guadalajara), Colima (19 de julio).¹² Obregón se alegra de la cercanía de su joven amigo de Huatabampo. Cuando entra a Guadalajara en compañía de los generales Manuel M. Diéguez y Benjamín Hill, Serrano marcha a su lado. En el curso de solamente año y medio pasa de teniente coronel a general de brigada, y es nombrado por Obregón su jefe de Estado Mayor, para sustituir al coronel Díaz de León.¹³ En esta posición se advierte su presencia administrativa una vez más, al estampar su firma junto a la del general Obregón en los famosos *bilimbiques* emitidos en varias de las ciudades tomadas por el Cuerpo de Ejército del Noroeste. Desaparecido el papel moneda del porfirismo, los sonorenses imprimen el suyo para realizar los pagos de haberes y suministros. Hueros de racionalidad financiera, en su sentido más estricto, dichos *bilimbiques* son aceptados por los comerciantes, so pena de ser señalados como «enemigos de la Revolución», y castigados con muerte, prisión o confiscación de sus propiedades. Quien tuvo la feliz ocurrencia, se dice, fue un estadounidense que vivía en Sonora, llamado William Weeks, quien pagaba con notas redimibles en sus propios negocios, y de aquí que de los «william-weeks» se pasara a «bilimbiques». ¹⁴ Serrano es ahora el superior de oficiales de mérito, «capitanes del ensueño» lo mismo que Jesús M. Garza y Aarón Sáenz, con quienes establecería una estrecha relación de compadrazgo y de negocios.¹⁵ Así, en febrero de 1918 Garza y Serrano constituyen una sociedad de nombre colectivo «para el fo-

mento de los trabajos de agricultura emprendidos en el Río Mayo, la cría de ganado en general, y toda clase de operaciones relacionadas con estos ramos». ¹⁶ No podía negar la cruz de su parroquia.

Serrano y Obregón, como siempre, se entienden a las mil maravillas, y el jefe tolera ciertos excesos de su subordinado. Frente a quejas por la afición de Pancho al alcohol, recuerda lo dicho por Lincoln en una situación semejante, que involucraba al general Grant, cuando preguntó la marca del whiskey que acostumbraba tomar, para enviar unas cajas a sus colaboradores, a ver si de esta manera podían igualar su magnífico desempeño en sus tareas. A pesar de su gusto un tanto rocambolesco por las copas, las mujeres y el dinero, Serrano jamás faltaba a sus deberes, como lo explica Djed Bórquez:

¡Qué inteligencia, qué decisión y qué manera de trabajar la de Serrano! Era un hombre que abarcaba con facilidad todos los problemas y a quien no había que explicar las cosas dos veces. Las tomaba al vuelo y era capaz de entenderlas, con un simple enunciado. Cuando se trataba de descifrar los mensajes del enemigo, Serrano lo hacía teniendo a mano cualquier indicio. Con una sola palabra que descubrieran, tenía para comprender los telegramas hechos con aquellas claves circulares que se han usado tanto en los ejércitos. ¹⁷

Más que un subordinado obediente y disciplinado, listo para recibir las órdenes superiores, posee la virtud de la iniciativa, cualidad que mucho aprecia el general Obregón:

Acompaña a Obregón en todos sus triunfos; le sirve de amigo, de consejero, de guía, de administrador. Obregón tiene una memoria prodigiosa; Serrano una inteligencia sutil. Entre ambos elaboran los planes y Serrano toma la parte más ardua en la ejecución. Es el brazo derecho, el alter ego, la luz para iluminar el sendero; en la lucha para vencer a Villa y debilitar su poder, a Serrano le toca un cincuenta por ciento. ¹⁸

Después de una impresionante serie de victorias, en agosto de 1914 el Ejército Constitucionalista está a las puertas de la Ciudad de México, acampado en Teoloyucan y en espera de sus autoridades constituidas. El Primer Jefe confirma al general Obregón la misión

conferida para pactar la rendición del ejército federal y le amplía sus facultades para asumir el control político de la capital. Obregón requiere la presencia de delegados que en nombre del ejército y la armada federales traten con él las cláusulas para la disolución de los que son todavía los cuerpos estatales del país. El licenciado Francisco Carvajal, hombre de paja del huertismo, no es invitado, así que resuelve retirarse de su puesto, dejando al frente del ejército federal al general José Refugio Velasco, secretario de Guerra, y a la cabeza de la autoridad civil del Distrito Federal a su gobernador Eduardo Iturbide. Al general Francisco R. Serrano se le encomienda la tarea de convencer y dar las garantías necesarias a ellos y a los demás delegados.¹⁹ Desde una distancia prudente, Serrano es testigo de la puesta de las firmas sobre la salpicadera de un automóvil. Sin ceremonias y con estilo reseco, empieza una nueva etapa en México, la de los revolucionarios.

Dos días después el general Obregón entra a la Ciudad de México acompañado por una división de infantería del Cuerpo de Ejército del Noroeste, su artillería y un contingente de caballería, formando una impresionante columna de cerca de seis mil hombres. Junto al joven caudillo, un poco atrás, se ve la delgada figura de Serrano, que de lejos semeja a la del general Pascual Orozco. Obregón es recibido con entusiasmo fingido por una ciudad a la que nunca quiso, como lo demuestra el párrafo de esta carta que enviaría a Soto y Gama en marzo de 1915:

La prueba de la degeneración moral de esa ciudad de México se está dando en estos momentos en que se forma allí un cuerpo de hembras cursis para la defensa social, porque los hombres, engendrados bajo el imperio del pulque, nunca tendrían valor para coger una arma.²⁰

Cuatro días después hace su entrada el Primer Jefe Carranza, y a su vera, el más brillante de sus generales, así como de otros jefes revolucionarios entre los que se encuentran Jesús Carranza, Lucio Blanco, Juan C. Cabral, Francisco Coss, Jesús Agustín Castro, Eduardo Hay, entre otros. Serrano, en su calidad de jefe de Estado Mayor de Obregón, da la orden por la que se regiría el desfile a la entrada de Carranza: se coloca a la derecha del Primer Jefe a Obregón, y a la izquierda al general Pablo González, jefe del Ejército del Noreste, y luego se

colocaban los demás. Por increíble que parezca, a González le disgusta cabalgar a la siniestra y no a la diestra del señor Carranza, posición que se le niega, de aquí que opte por no participar en el desfile.²¹ Las crónicas recuerdan que más de trescientas mil personas les «aclaman» a lo largo de seis horas, de la Calzada de la Verónica al Palacio Nacional, en una marcha detenida constantemente ante la muchedumbre curiosa, deseosa de ver de cerca a los nuevos amos del país.

Obregón, el hombre práctico del norte, conoce sin embargo el valor de los símbolos, como es la tumba de Francisco I. Madero, en el Panteón Francés de la Piedad. Esta visita está plagada de ironías y frases incómodas. Obregón, a quien casi nada le faltó para ser antimaderista, llega al cementerio con Serrano, cuyos huesos algún día serían depositados cerca de ahí, después de que su jefe lo mandara asesinar. Con ese histrionismo que no le abandona ni por un momento, su figura se planta como en el centro de un escenario cuando la ópera —o la opereta— va a comenzar. Se hace un suspenso, y el acto inicia. Dejemos a Jorge Aguilar Mora que nos relate lo que sigue:

Al final, el impulsivo general tomó la palabra y supuestamente improvisó una arenga, ampulosa como las anteriores, pero fogosa y apoyada con movimientos violentos de los brazos. Fue en su desenlace que la arenga reveló las verdaderas intenciones del general. «No tienen excusa —dijo ya con un tono concluyente— los hombres que pudieron cargar un fusil y que se abstuvieron de hacerlo por temor de abandonar sus hogares». Hizo una pausa, un silencio que anunciaba la verdadera determinación de sus palabras, y continuó reforzando el tono suspendido de sus últimas palabras: «Yo abandoné a mis hijos, huérfanos...», y acompañó su confesión personal con el movimiento de su mano hacia la funda de su pistola, «... y como sé admirar el valor, cedo mi pistola a la señorita Arias (María Arias Bernal), que es la única digna de llevarla». Se volvió a su izquierda y se la entregó a una mujer menuda pero de expresión resuelta y, quizás, intransigente...²²

Y así Obregón entrega su escuadra al «más valiente» de la capital, la mujer que sería conocida como «María Pistolas», en un gesto inolvidable por su dramatismo, en una provocación tan ruda como

innecesaria, porque otros hombres y mujeres también arriesgaron sus vidas frente a la dictadura huertista. Pero falta a la verdad, aunque sea en parte, pues él tampoco cargó el fusil cuando Madero llamó a las armas, y quizá con los mismos argumentos. Lo importante, en todo caso, es el efecto de aquellas palabras dichas de esa manera, en ese momento, en ese lugar. Es una declaración de desamor de Obregón hacia los habitantes de la gran ciudad, «alimentados con pulque», como gustaba afirmar.

Una amenaza se cierne sobre la unidad de los constitucionalistas: en Chihuahua el general Francisco Villa está al punto del rompimiento con la Primera Jefatura, a causa de los golpes de los generales Benjamín Hill y Plutarco Elías Calles a su amigo y aliado, José María Maytorena. A Obregón le preocupa la situación, porque cree mejor tener al Centauro del Norte en paz, por lo que decide visitarlo para resolver las diferencias existentes. El Primer Jefe, perturbado por los riesgos que entraña este encuentro, acaba aceptando sin mucho entusiasmo los argumentos de Obregón. Por su parte, Francisco R. Serrano intenta hacerle ver lo inútil de la gestión. Le argumenta infructuosamente que va directo a la boca del lobo, y le propone que en todo caso le invite a platicar en la Ciudad de México, en la convención de revolucionarios que pronto tendría lugar:

Mira, Pancho, más vale llevarnos bien con Villa y que no nos metamos en un pleito que sólo Dios sabe cómo y cuándo saldremos. No quiero ni pensar lo que pasaría si lo regresamos al lugar de donde vino, donde robaba vacas y mataba a sus dueños.

Después de escuchar las obstinadas razones de Obregón, Serrano abandona la Casa Braniff de Paseo de la Reforma con rumbo a su domicilio. A la mañana siguiente está puntual en la Estación Colonia para tomar el tren con su jefe y con sus compañeros del Estado Mayor, los capitanes Robinson y Villagrán. Una escolta de quince soldados les acompañan, así como dos corresponsales de la prensa norteamericana a la caza de alguna noticia espectacular. Al pie del estribo del vagón se encuentran los oficiales Aarón Sáenz, Jesús M. Garza y Enrique Osornio, que despiden con grandes aspavientos y ruidosos abrazos a sus camaradas que van a jugarse el pellejo. Para matar el tedio —estarían casi tres días en movimiento— los viajantes platica-

ron, durmieron, jugaron baraja, contaron chistes todo el camino. Al general Obregón le divertía oír sus propias ocurrencias y chistes:

Una vez caminaba por la ciudad de México, y le regalé a un limosnero ciego un azteca. Al recibir el donativo, el pordiosero reconoció el oro por el ruido que hizo en su lata de sardinas vacía, y me dijo: —¡Muchas gracias, general! Yo lo observé con malicia y le preguntó: —Si no puedes ver, ¿cómo sabes que soy general? —¡Porque en estos tiempos cualquier pendejo es general!—, me contestó. De puro gusto, le di otro, y más contento se quedó todavía. Cuando me dijo gracias, y me llamó señor general de división, mejor le corrí, porque si no me iba a dejar sin dinero.

Las risotadas a su alrededor estallan de inmediato. El general Obregón es muy ocurrente, y bien ganada tiene su fama. Le gusta desafiar a su propia capacidad memorística, improvisa juegos en los que recuerda en orden directo e inverso nombres, lugares, objetos, fechas. Con este ánimo de fiesta —quizá para aplacar los nervios— el 16 de septiembre, muy de mañana, el general Obregón y sus acompañantes llegan a la ciudad de Chihuahua. Pero la estación está desierta, sin bandas de música ni comité de bienvenida. Cuando ya habían puesto los pies en el suelo, buscando un alma por algún lado, aparece sudoroso el general Rodolfo Fierro, quien lleva la disculpa de que el general Villa no podía recibirlos, pero los invitaba a presenciar el desfile de la Independencia desde los balcones del Palacio de Gobierno y hacia allá se dirigen, todavía no recuperados de tantas horas de viaje.

Poco después de las diez de la mañana empieza el desfile, en el clima tibio del desierto chihuahuense antes de los fríos del estepario otoño. Sonriente como es su costumbre cuando se encuentra ante el público, jala a cada lado suyo a Obregón y a Serrano. A la cabeza de la parada van los célebres Dorados, y por espacio de más de tres horas una poderosa fuerza de caballería, infantería y artillería, luce ante los ojos verde selvático de Obregón:

¡Mire, compañerito, éstos son los muchachos de mi compadre Tomás Urbina! Aquéllos del general Rodolfo Fierro, los otros son los de Raúl Madero. Aquel grupo que ve lo manda el más famoso artillero mexicano, el general Felipe Ángeles.

Elogiar a Ángeles en presencia de Obregón es una falta de delicadeza, por no decir una impertinencia difícil de tolerar. Pero Villa sabe lo que hace, porque también es astuto y rencoroso. Conoce de sobra los episodios en que Ángeles y Obregón chocaron como en colisión de trenes. Imagina con la rapidez de un rayo que Obregón envidia con toda su alma a un militar de verdad, graduado en los mejores colegios y con una educación más que sobresaliente. Él, en cambio, es un agricultor improvisado en las armas, devoto lector de Vargas Vila, producto circunstancial de una vorágine en la que resulta vencedor. Ya habrá tiempo de arreglar pendientes, pero por ahora reinan la risa y la sonrisa. Durante el tiempo en que las tropas desfilan frente a los invitados, Villa no tiene otro tema de conversación que la buena organización y lo bien pertrechada que está la División del Norte, advirtiendo que aquellas tropas no eran ni la mitad de su contingente. Una vez terminado el desfile, los invitados pasan al Palacio Federal a visitar los impresionantes depósitos de armas y cartuchos allí contenidos. Con la discreción del caso, Obregón le pregunta a Serrano cuál creía que era el contingente de la División del Norte que acaba de ver, y recibe como respuesta «cinco mil doscientos hombres, a lo sumo, con cuarenta y tres cañones». Mañosamente, Serrano ha contado minuciosamente tropas y artillería, y nota que desfilan con cierta lentitud, en más de una vuelta, como maniobra para impresionar a sus invitados.

Una vez concluida la parada, Obregón, Serrano, Robinson y Villagrán se reúnen a comer con los generales Raúl Madero, José Isabel Robles y otros. Mientras sacian su apetito, el general Obregón les pide su ayuda para que Villa no rompa con el Primer Jefe, hecho que se teme seriamente en esos momentos. Todos ellos, sin excepción, convienen en que Villa se dispone a dar ese paso y prometen hacer lo posible para convencerlo de los inconvenientes del distanciamiento, si bien culpan a Carranza de la situación. En la noche del mismo día tiene lugar un baile en el Teatro de los Héroes, al que asisten Obregón y los suyos a una velada en la que amanecen. Cuando apenas empezaban a descansar, Obregón ordena al mayor Julio Madero que tome el tren a Ciudad Juárez (que en ese momento salía), con instrucciones dadas al oído. Poco tiempo después, todavía con el cansancio del trajín del día anterior, se dirigen a la casa del

general Raúl Madero a desayunar. A poco de concluir la ingesta de sus alimentos, se presenta un oficial del Estado Mayor de Villa para solicitar al general Obregón que pase de inmediato a hablar con él.

Al llegar a la Quinta Luz, en cuanto ve al sonorenses, Villa le reclama: «¡Los generales Hill y Calles creen que van a jugar conmigo y se equivocan! ¿Lo oye usted?... ¡Se equivocan!» El general Villa cuenta con la palabra de Obregón de que Calles y Hill no atacarían a José María Maytorena. Hecho un basilisco, Villa le muestra un telegrama de Maytorena, quien le informa de los movimientos de los amigos de Obregón para atacarlo. Villa acusa a su interlocutor de ser un traidor merecedor del fusilamiento, a menos que «cambie los actos de su conducta».²³ Y dirigiéndose a gritos a un oficial de su Estado Mayor pide que le lleven una escolta de veinte hombres para llevarlo al paredón. Luego encarga a su secretario particular Luis Aguirre Benavides el envío de un telegrama a Hill y Calles en nombre de Obregón, ordenándoles que salgan inmediatamente para Casas Grandes. Con una sangre fría que conserva a lo largo de este episodio, le hace ver que esas órdenes no serán obedecidas, porque aquellos generales tienen instrucciones de acatarlas solamente cuando le sean comunicadas por conducto del mayor Julio Madero, quien ya se encuentra con ellos. «Ya verá usted cómo de Pancho Villa nadie se burla ¿Pues qué se están creyendo? Ahora mismo los voy a quebrar... jijos...» Sonriendo contestó el general Obregón:

No sé si en verdad quiera usted fusilarme, señor general. Pero no más esto le digo: fusilándome ahora, a mí me hace usted un bien y usted se causará un mal. Porque yo ando en la Revolución dispuesto a perder la vida por ella, para que se me glorifique, mientras que usted no anda en estas luchas para perder su honra, y no dude que si me fusila, su honra se perderá.

«Mirando que con sus expresiones sólo buscaba engañarme, pues mi honra no había de sufrir por fusilar yo un hombre que me venía a traicionar hasta mi propia casa, ni a él habían de glorificarlo muriendo por traidor», Villa decide seguir adelante.²⁴ En ese momento llega el pelotón al mando del mayor Cañedo, pero antes de que el jefe de la División del Norte pudiese dar sus órdenes, inesp-

radamente se precipita en el cuarto doña Luz Corral de Villa, quien echándose a las plantas del hombre enardecido exclama: —¡Pancho, por Dios, qué vas a hacer! Por tus hijos—, y llorando copiosamente, le pedía que no fuera a fusilar al general Obregón. Al poco tiempo llegan el general Raúl Madero, José de la Luz Herrera y Roque González Garza, quienes lo rodean y casi en peso lo sacan de la habitación donde estaba el jefe del Ejército del Noroeste y los dos miembros de su Estado Mayor. El general sale «lanzando un torbellino de imprecaciones y amenazas», y los sonorenses por esta vez viven para contarlo.

Al día siguiente continúan las emociones fuertes. Obregón y sus acompañantes se presentan de nuevo en la casa del general Villa, a quien se le pasa el coraje del día anterior. Obregón le plantea la necesidad de discutir los problemas pendientes, en la asamblea de generales que se reuniría en la Ciudad de México para consolidar en definitiva el triunfo revolucionario. Tocado por las palabras de Obregón, Villa le hace una insólita propuesta: se compromete «a echar para el Suchiate» a Carranza y a Pablo González, para que Obregón se convirtiese así en presidente de la república. Pero el sonorense se niega de inmediato, con el argumento de que no cometería una traición. Sintiendo agraviado por esta referencia que le acusa de desleal, saca su pistola, pero luego la vuelve a enfundar, decidiendo en cambio llamar a una escolta para fusilarlo... ¡Una escolta, una escolta!²⁵ De nuevo se presenta el mayor Cañedo, quien pone un centinela de vista al general Obregón, y a Serrano y Robinson los lleva a la habitación contigua, con otro guardia. Las habitaciones se comunican a través de una puerta que ha quedado abierta. Villa entra de pronto a la habitación de Robinson y Serrano. Al primero le estruja el hombro y le dice que si no quiere morir le diga a su jefe que saque a Hill y a Calles de Sonora. Dirigiéndose a Serrano, Villa le pregunta quién es, a lo que el interpelado responde que es necesaria una plática entre ellos «como los hombres». Le acerca una silla y le dice que contrariamente a la opinión de mucha gente, resolvieron realizar el viaje, por la seguridad que tenían de que Villa en cualquier circunstancia les iba a respetar. Preguntando el Centauro de dónde salía tal seguridad, con el mayor aplomo Serrano le contesta:

Nunca se ha registrado un solo caso en la historia del mundo en el cual un hombre valiente hasta la temeridad, como usted, haya sido

un asesino o un hombre que no haya sabido respetar la vida y la tranquilidad de los que son sus huéspedes... Yo sé muy bien que usted quisiera con el alma, con toda el alma, ver a mi general frente a sus tropas para ir a ponerse usted frente a las suyas y combatir hasta el exterminio, como dos militares, como dos grandes hombres...pero de ninguna manera faltar a las leyes del honor que hace sagrada e intocable la persona de un huésped mientras éste se encuentra en nuestra casa, bajo nuestro techo, compartiendo nuestro afecto y nuestra mesa....

Sorprendentemente, Villa resulta impactado por el saber histórico de Serrano, y con el mismo arrebató anterior, le habla con un grito: «¡Pancho Villa es hombre! ¡Pancho Villa quisiera estar en el monte con el general Obregón y allí solitos los dos, darnos muchos balazos, pero aquí... ¡en mi casa! Tiene usted mucha razón.» Ordena al mayor Cañedo retirarse del lugar, y después de él sale el mismo Villa. Obregón —que no se ha enterado del diálogo salvador— es el más sorprendido y no sabe bien a bien cómo actuar ante las nuevas circunstancias. Cuando le preguntan cómo operó el milagro, se limita a contestar que no tiene la respuesta, pero Serrano es quien la conoce. «Yo estaba ocupado pensando en la mejor manera de conseguirme un salvoconducto para el don Venustiano de los cielos...» Serrano, con su ocurrencia oportuna, ha salvado la vida de todos.²⁶

Ya de regreso a la capital, Obregón y sus acompañantes regresan a las actividades acostumbradas. Queda pendiente la delicada tarea de reconciliar a los revolucionarios, antes de que sea tarde y las consecuencias, más graves. Así viene la Convención de Aguascalientes, a la que acuden los jefes revolucionarios o sus representantes. Obregón está ahí, en todo su papel de hombre importante de la Revolución, y Serrano a su lado. Y vienen las deliberaciones y los discursos, como el del zapatista Soto y Gama:

Aquí venimos honradamente, creo que vale más la palabra de honor que la firma estampada en este estandarte, este estandarte que al final de cuentas no es más (toca la bandera nacional) que el triunfo de la reacción clerical encabezada por Iturbide (Voces: no, no). Yo, señores, jamás firmaré sobre esta bandera. Estamos haciendo una gran revolución que va expresamente contra la mentira histórica, y hay que exponer la mentira histórica, que está en esta bandera; lo que se llama

nuestra independencia, no fue la independencia del indígena; fue la independencia de la raza criolla y de los herederos de la conquista...

Nadie, desde que se tenía memoria, habló con tal atrevimiento contra la bandera de los mexicanos. El alboroto que siguió, con voces destempladas, siseos, mociones de orden y armas desenfundadas no alteró al impertérrito orador. Ya en la mirilla de las pistolas de muchos asistentes, se mantuvo erguido y cruzado de brazos, y a ellos se dirigió: «Disparen, hagan lo que quieran, no retiro mis palabras». El desplante de Soto y Gama impresiona a todos los asistentes. Para Serrano, las imprecaciones de Eulalio Gutiérrez y muchos otros contra una de las figuras del agrarismo no es suficiente, pues «el ultraje a la bandera no puede destruirse con argumentos», según palabras de Taracena.²⁷

La Convención de Aguascalientes no logra más que exacerbar los ánimos entre las diferentes fuerzas revolucionarias, y al intento siguen las hostilidades. Villa y Zapata unen sus fuerzas para destruir al Primer Jefe, y Obregón raudo reorganiza el Cuerpo de Ejército del Noroeste. En marzo de 1915, el coronel Serrano abandona la capital con sus tropas y se dirige a combatir al villismo en el Bajío, al lado del general Obregón que establece su cuartel general en la estación de Celaya, en compañía de su escolta y del general Hill, subalterno inmediato de la jefatura del ejército. En una campaña que se prolonga desde principios de abril hasta inicios de junio, Serrano está presente en las batallas de Celaya, Trinidad y León. Durante todos esos días él y los tenientes coroneles Aarón Sáenz y Jesús M. Garza acompañan a Obregón, tanto en labores de reconocimiento como de enlace entre los sectores del ejército dispersos a lo largo de un dilatado frente.²⁸

Juan de Dios Bojórquez refiere un episodio sucedido el 22 de mayo de 1915 en Trinidad:

En tal fecha Villa atacó al Ejército de Operaciones de Obregón, por todos los flancos. Fue tan tremenda la embestida, que la lucha llegó a pocos pasos del tren ocupado por el propio general Obregón. En uno de los coches se hallaban varios militares y civiles. Entre éstos estaba Adolfo de la Huerta, quien andaba en comisión del Primer Jefe. A todos preocupaba en estos instantes el desarrollo del combate. Intem-

pestivamente llegó Serrano, y viendo a sus amigos, exclamó «Canta Fito». Ante aquella inesperada invitación De la Huerta le reconvinó: Tú ni en los momentos más graves te pones serio.²⁹

Las batallas pudieron haber concluido de repente y para siempre, cuando menos para uno de ellos. En la Hacienda de Santa Ana del Conde, entre León y Silao, conferencian Obregón y Diéguez, en compañía de sus Estados Mayores, Francisco Murguía, Cesáreo Castro y Alejo C. González. En un momento dado, el general en jefe decide caminar en dirección a la trinchera, seguido por Jesús M. Garza y otros más, mientras que a cierta distancia le siguen Serrano y Sáenz. De repente, caen varias granadas y una de ellas derriba a Obregón y su más cercana compañía, en medio de una nube de polvo y el olor penetrante de pólvora y carne quemada. Se escuchan de inmediato sus gritos de dolor al observar su brazo derecho desprendido. Jesús M. Garza, medio aturdido, le arrebató la escuadra que el herido en su desesperación quiere usar para quitarse la vida pero que el seguro le impidió accionar. Obregón es cargado por sus oficiales para su atención médica, a mano de los doctores Blumm y Osornio.³⁰ Hill toma el mando de las operaciones y el día 5 de junio da la orden de pasar a la ofensiva de acuerdo con el plan trazado por Obregón, luego de una junta de jefes en la que Serrano, Sáenz y Garza lo explican a detalle. Es tal la efectividad del ataque, que ese mismo día Murguía toma León, mientras los villistas se retiran en dirección a Aguascalientes, donde son nuevamente derrotados. La División del Norte se dirige al norte para rehacerse y el Cuerpo del Ejército del Noroeste va tras ella. Todavía afectado por la terrible herida, Obregón continúa de Aguascalientes a Zacatecas, donde Pánfilo Natera defiende la plaza. De Zacatecas parte el jefe de operaciones para Torreón, manda al general Murguía a marchar sobre Durango y a Hill sobre Coahuila y Nuevo León, todavía ocupadas por Villa. En Jalisco el general Ramón Iturbe y en San Luis Potosí Gabriel Gaviria combaten a los villistas. Pero se piensa que Villa iría a Sonora a tratar de defenderse, y Obregón envía al general Manuel M. Diéguez hacia Manzanillo, en dirección a Guaymas. A Serrano se le instruye para que con algunos batallones se incorpore a las tropas del general Plutarco Elías Calles en Agua Prieta, donde se enfrentan a cuatro mil villistas. Serrano moviliza una parte de su artillería por territorio

estadounidense, desde Eagle Pass, Texas, hasta Douglas, Arizona, y del 1 al 3 de noviembre de 1915 participa en la defensa de la plaza, rechazando al enemigo, que se retira de su posición para acampar a unos cuantos kilómetros. Poco pueden hacer los soldados de Villa frente a los ocho mil soldados perfectamente equipados del enemigo. Calles ha fortificado la ciudad con trincheras en semicírculo, con rutas de abastecimiento y un sistema poderoso de iluminación de los alrededores. Gracias al moderno equipo bélico, en el que destacan las ametralladoras, los constitucionalistas derrotan a Villa y de esta manera aparece la primera y la única batalla memorable en la carrera más bien mediocre del general Calles. Ironías del destino: sus lugartenientes en esa batalla son los generales Arnulfo R. Gómez y Francisco R. Serrano. Por su parte, Diéguez desembarca en Guaymas y se dirige a Navojoa, a apoyar al general Ángel Flores, y de aquí marchan juntos a Hermosillo a ocupar la plaza, donde coinciden con las tropas de Obregón. Una serie de maniobras se traduce en la recuperación de otras importantes plazas, como la de Nogales, y en la división del ejército de Villa, uno aislado en Sonora y otro en Chihuahua, lo lleva a su derrota segura. Con la rendición de Urbalejo en Navojoa y el internamiento de Villa a Chihuahua por «La Colorada», daba principio al regreso del Centauro del Norte a la guerrilla, como en sus viejos tiempos.³¹ Como resultado de sus actuaciones en el Bajío y Sonora, Serrano es ascendido a general brigadier con antigüedad del 9 de abril de 1915 y en diciembre de ese mismo año es promovido a general de brigada.³²

Desaparecida la amenaza del villismo, el general Serrano es nombrado comandante de las columnas del Yaqui, de enero a abril de 1916. A su mando estuvo la primera columna, a las órdenes del general Enrique C. Estrada, la segunda del general Eugenio Martínez y la tercera del general Francisco R. Manzo. Los cuarteles se ubican en Torocopobampo, Tetacombiate y La Misa, respectivamente. Dependen también de la Comandancia del Yaqui el teniente coronel Fausto Topete, el general José J. Obregón y el teniente coronel Carlos T. Robinson. La jefatura de los servicios sanitarios está bajo el mando del teniente coronel Francisco Castillo Nájera.³³ Considerándose virtualmente terminada esta enésima campaña del Yaqui, a Serrano se le impone una nueva comisión en la Ciudad de México y se pone a las órdenes de sus superiores. La campaña es feroz, al estilo

de las anteriores: se declaran fuera de la ley a todos los que van por los caminos sin los salvoconductos otorgados por sus patrones. Con once mil soldados, en marzo de ese año logran sacarlos de sus santuarios serranos, provocando la dispersión de los yaquis en todas direcciones, aunque no se logra su sometimiento. En 1917, cuando Serrano ya no está a cargo de la campaña, tropas del general Fausto Topete llevan a cabo una terrible matanza de yaquis en Vícam, y en 1919 un auténtico genocidio contra estos naturales tiene lugar, hasta detenerse gracias a la intervención del gobernador Adolfo de la Huerta, que logra pacificarlos sin derramar sangre.³⁴

Corría el año de 1916 cuando Obregón es nombrado secretario de Guerra y Marina. En la fría madrugada del 9 de marzo, aprovechando las condiciones de oscuridad de su escasa población del desierto, Francisco Villa ataca a Columbus, Nuevo México, con trescientos de sus hombres más hábiles. Matan a cuchillo a guardias y habitantes de este punto fronterizo, saquean cuanto pueden, y se retiran con la prontitud del relámpago para perderse en la enorme geografía chihuahuense. El Centauro así calma su furia contra el gobierno estadounidense, ya inclinado hacia Carranza, y a cuya conducta culpa de su derrota militar y política. La idea principal es poner en serios aprietos al Primer Jefe, incapaz en ese momento de ofrecer alguna resistencia ante cualquier medida de Estados Unidos. Y, en efecto, este país sabe reaccionar con violencia. A territorio nacional ingresa la llamada Expedición Punitiva, una columna de soldados bajo el mando de mayores, en un alarde de caballos, carros y artillería. Su comandante, el general John L. Pershing —poco después héroe de la Primera Guerra Mundial— emprende una cacería humana tan inútil como innecesaria. A Villa no le ven el polvo, ni las huellas, ni sus verdaderos propósitos. Maniobrando en un clima de rechazo a la invasión, en la que no faltan vocingleros en favor de la guerra contra Estados Unidos, Carranza llama a la calma. Pero en Parral, un grupo de ciudadanos enardecidos, con la señorita Elisa Griense a la cabeza, propina una vergonzosa derrota a los invasores. Carranza finge indignarse, pero con su astucia de zorro sabe que con el hecho la balanza se inclina a favor de México. Envía al general Obregón a Ciudad Juárez, a parlamentar con los generales Frederick Funston y Hugh L. Scott para llevar a efecto el inmediato retiro de las tropas norteamericanas. Al representante mexicano le acompaña

el general Francisco R. Serrano (nombrado oficial mayor de la Secretaría de Guerra el 26 de mayo 1916), el general Luis Gutiérrez y el licenciado Neftalí Amador, subsecretario de Relaciones Exteriores. La instrucción categórica del Primer Jefe es que el único tema a tratar es el de la retirada de las tropas norteamericanas del país. Ya para entonces Carranza da instrucciones precisas al ejército mexicano de no permitir a los invasores avanzar al sur. Mientras tanto Pershing, con el sabor amargo de los acontecimientos de Parral, se retira hacia San Antonio de los Arenales y establece su cuartel general en Namiquipa. Las pláticas entre los representantes mexicanos y estadounidenses fueron tan anodinas como inútiles, debido a que Estados Unidos considera una cuestión de honor la permanencia o la retirada de sus tropas de Chihuahua. Pero Carranza sabe que no ha perdido sus ventajas, y gira órdenes terminantes a los jefes de operaciones militares en el norte, para que si los estadounidenses introducían más columnas, fueran batidas en el acto. Poco más de un mes después, el general Félix Uresti Gómez, al precio de su propia vida, derrota a los estadounidenses en El Carrizal y captura a varios de ellos. Después del fracaso de las pláticas en Ciudad Juárez y en Atlantic City, y de la firme postura de Carranza, la columna militar de Estados Unidos volvió sobre sus pasos, perseguida ahora por el ridículo y el fracaso, ante lo cual poco pudo hacer el presidente Woodrow Wilson, que tanto desprecia a los mexicanos.³⁵

Serrano renuncia a su cargo de oficial mayor de la Secretaría de Guerra el 20 de septiembre de ese año de 1916, «por motivos del quebranto de su salud», lo que no es óbice para formar parte del consejo de guerra juzgador del general Lucio Blanco, como vocal propietario, designado «por suerte» el 22 de septiembre de 1916, junto con el también general Cipriano Jaime.³⁶ Es tiempo del ajuste de cuentas. Dando sentido al apotegma de que la Revolución devora a sus hijos, toca el turno del general Lucio Blanco, tan recordado, entre otras cosas, por el famoso reparto de la Hacienda Los Borregos en Tamaulipas. El general Obregón —siempre tan puntual para vengarse— le acusa ante consejo de guerra de usurpación de funciones y traición, cuando en noviembre de 1914, siendo general jefe del Cuartel General del Ejército del Noroeste en la Ciudad de México publica un manifiesto, nombrando autoridades del Distrito Federal y asumiendo el mando militar de la plaza. Según Obregón, en lugar de

encontrarse con él en Guadalajara se dirige a El Oro, donde se pone en contacto con Villa, regresando más tarde a la capital para ocupar el puesto de ministro de Gobernación del llamado Gobierno de la Convención. Antes de evacuar esta plaza, Blanco se apodera de la oficina impresora de billetes, hace una emisión de ellos y ordena a sus subordinados Juan Torres y Vidal Silva, que se posesionen de la Villa Guadalupe Hidalgo y detengan los trenes que transportan a las fuerzas constitucionalistas a Veracruz. Blanco en su defensa niega los cargos, señalando que el 24 de noviembre se encontraba en México como jefe de las fuerzas constitucionalistas, como subalterno inmediato del general Álvaro Obregón. Blanco reconoce evacuar la plaza, yendo luego a El Oro, donde se entrevista con una comisión encabezada por los señores Felicitos Villarreal y Ramón Puente. Ellos le entregan una carta de Villa invitándole a que se uniera a sus fuerzas, a lo que se niega, contestando que sólo obedecía al gobierno provisional; es decir, al presidente Eulalio Gutiérrez. Sostiene también que antes de abandonar la Ciudad de México manda patrullar la ciudad, recomendando al general Samuel Vázquez que disuelva los grupos formados frente al Palacio Municipal, pero sin nombrar autoridades. Dice que en El Oro recibió otra comisión, integrada por los generales Eugenio Aguirre Benavides y José Inocente Lugo a nombre del presidente convencionalista, invitándole a sumarse, solicitud que tampoco acepta, si bien se compromete a proteger la salida de Eulalio Gutiérrez de la Ciudad de México, pero no hay nada respecto de tener algún cargo en su gabinete.

No se conservan datos de la participación de Serrano en este juicio, pero no se duda de que su cercanía a Obregón influye decisivamente, y cabe preguntarse si tuvo sentimientos encontrados respecto de Blanco, su camarada de armas. De ser así, lo ignoramos. En todo caso, el general Blanco no convence al consejo de guerra, que le condena a cinco años nueve meses de prisión, por los delitos de usurpación de funciones y desobediencia, pena confirmada por el Supremo Tribunal Militar.

La pasión de Serrano por la agricultura se abre paso en la política de esos momentos. En marzo de 1917 el gobierno de Sonora lanza un extraño plan, que consiste en organizar la colonización de la zona fronteriza noroccidental. El general Serrano reúne a un grupo de 442 colonos, provistos de herramientas, víveres, herramientas

y semillas, quienes se dirigen a esta región, bajo la dirección del capitán Carlos G. Calles, llevados por la promesa de adquirir tierras fértiles en las riberas del Río Colorado.³⁷ Por otro lado, Serrano continúa su ascendente carrera militar. Del 21 de septiembre de 1916 al 1 de agosto de 1917 está a cargo de la Primera División del Noroeste. Sustituye en el puesto al general Plutarco Elías Calles. Según Aarón Sáenz, Serrano es desplazado de la Subsecretaría de Guerra a un puesto aparentemente menor, pero esta «aparente degradación no era tal, sino una maniobra fundamental de los obregonistas para guardarse las espaldas y asegurarse algunos puestos clave de los que no podrían ser removidos».³⁸ Serrano ocupa luego la jefatura de operaciones de la Tercera División del Noroeste (o jefatura de operaciones en el estado de Sinaloa) del 1 de agosto al 6 de noviembre de 1917, debido a las dificultades electorales surgidas de la victoria electoral del general Ramón F. Iturbe, y que se resolvieron con la licencia solicitada por el general Ángel Flores en ese cargo militar. Y luego recibe una licencia temporal por dos meses, y le es concedida, quedando dividida la jurisdicción militar entre los generales Juan Carrasco y Roberto Cruz.³⁹ Pide una renovación de la licencia, porque cree que sus «energías podrán ser menos ineficaces dedicadas a trabajos de colonización agrícola a que tengo el propósito de dedicarme y en el concepto de que, como lo considero, mis servicios en el Ejército no tienen ya la significación que yo deseara... permítome rogar a esa Superioridad se sirva concederme licencia ilimitada para separarme del servicio militar».⁴⁰ No le es concedida, así que se pone a las órdenes del general Plutarco Elías Calles del 6 de enero al 13 de abril de 1918, para respaldar con la presencia militar la política de apaciguamiento del gobernador Adolfo de la Huerta de la tribu yaqui.⁴¹ Solicita de nuevo dos meses de licencia con goce de haberes, «por encontrarse delicado de salud, a consecuencia de una operación quirúrgica que sufrí últimamente en Nogales, Arizona».⁴²

Ya para entonces su fama de ocurrente es nacional, por decirlo así, como lo señalara el diputado Cravioto en una sesión en la Cámara:

Con mucho ingenio en una comida entre camaradas en que los jóvenes militares se quejaban de que se fuera a acabar la revolución y de que ya no pudieran emplear sus actividades guerreras, el general Se-

rano, les respondió graciosamente: «cásense ustedes y verán cómo entonces siguen peleando.»⁴³

Una vez concluidas sus tareas militares en Sonora, y a sugerencia del general Obregón, Serrano resuelve probar suerte en la política electoral. Hasta entonces, conoce de cargos a la sombra de su jefe; ahora aprovecha su influencia personal y busca ser diputado federal por el Tercer Distrito de Sonora, correspondiente a Huatabampo, por lo que solicita licencia a la Secretaría de Guerra, «con goce de haber», para aceptar la candidatura, «en concepto de que pasadas las elecciones, caso no triunfar, estaré presto para el servicio».⁴⁴ Desde el 13 de abril hasta el 1 de septiembre de 1918 goza de licencia para realizar la campaña y resulta triunfador en las elecciones por 2 064 votos contra los 1 979 de Arturo J. Valenzuela, quien quedó como su suplente, «sin registrarse infracción ni protesta alguna».⁴⁵

Aunque no se distingue por su oratoria, ni por intervenciones memorables en la Cámara, cosecha el prestigio de su cercanía con Obregón, de su personalidad propia y de ser representante de uno de los distritos electorales más importantes del país, por ser tierra de los triunfadores de la Revolución. Desde una posición parlamentaria relativamente secundaria, va subiendo a la par del «sonorismo» como corriente política, hasta el grado de que el diputado Lorandi le llama «gran pastor de la mayoría de esta Cámara».⁴⁶ Un año después, el 29 de noviembre de 1919, resulta elegido presidente de la Mesa Directiva durante el mes de diciembre.⁴⁷ Entre sus participaciones se recuerdan su iniciativa de ley, al lado de los diputados Pesqueira y Gómez Gildardo, para que todos los artículos manufacturados en la República Mexicana sean marcados con un sello distintivo.⁴⁸ Ya como presidente de la mesa directiva, es requerido por el diputado Casas Alatríste, para que no firme el dictamen en virtud del cual la Comisión de Marina rechaza el establecimiento de una escuela náutica en Mazatlán. Por votación de la asamblea, dicho dictamen se retira, «sin perjuicio de que, cuando las condiciones del Erario lo permitan, vuelva a tomarse en consideración la iniciativa.»⁴⁹ Mientras sucede, Serrano es testigo de la consolidación del poder del presidente Carranza, pero también de su rápido desgaste. En un anticipo de la lucha nacional que viene, diputados obregonistas como Serrano y Altamirano se hacen presentes en la lucha electoral en

Guanajuato, donde el gobernador Alcocer busca por todos los medios ser sucedido por el general Federico Montes, diputado federal con licencia y acérrimo carrancista. Tanto Altamirano como Serrano son invitados el 11 de agosto de 1918 por el ingeniero Antonio Madrazo —candidato de oposición en Guanajuato— «a presenciar el cómputo de los votos que la Legislatura de aquel Estado hiciera para declarar quién había triunfado en las elecciones para gobernador.» Los visitantes se declaran sorprendidos, en la voz de Altamirano, de que «al entrar él y el general Serrano al palacio que debía ser el recinto de la ley, se encontró con una disposición arbitraria, brutal, atentatoria, que prohibía a los representantes de los partidos políticos el derecho de voz y voto», lo que fue contestado por el diputado Alfredo Rodríguez, recordando las normas del caso de la ley electoral de Guanajuato.⁵⁰

La situación política del país se complica en la medida en que se vislumbra el término legal de la presidencia de Carranza. En lo que a la postre resulta un error de fatalísimas consecuencias, el presidente falta a su palabra de respaldar a Obregón en sus aspiraciones políticas, la de ser jefe del Ejecutivo, ni más ni menos. En este tema no existen valores entendidos ni insinuaciones ambiguas, sino un compromiso expreso de Carranza hecho en Querétaro en 1917. Obregón, por su parte, sabe que su lugar indisputable es el del caudillo, con todos los fueros políticos que considera le corresponden. Una vez transcurrido el tiempo necesario para que Carranza enseñe sus cartas, el general Obregón se declara candidato a la presidencia sin consultarlo con nadie, y la ruptura es inevitable. El diputado Serrano funge como presidente del Partido Revolucionario Sonorense (PRS), el instituto que organiza las fuerzas a favor de Obregón, partiendo de su estado natal. Organiza clubes obregonistas a lo largo y ancho de la geografía sonorense, y el caudillo le solicita ratificar «su adhesión» a su candidatura presidencial cuando lanza su «Manifiesto a la Nación» desde Nogales, Sonora, el 1 de junio de 1919, ratificación que le es concedida. Siendo el partido del caudillo, su vocación debe ser nacional, como se lo señala al mismo general Obregón:

Aun cuando este partido hasta hoy sólo ha presentado características de una vida local, en realidad por el hecho de haber anunciado desde su iniciación una tendencia a ramificarse por todo el país con el

objeto de unificar en una agrupación política nacional de carácter permanente a todos los elementos genuinamente liberales y genuinamente revolucionarios, la voz del Partido Revolucionario se ha hecho oír a través de toda la República.

El PRS realizaría actividades de manera paralela a otro partido de alcances nacionales, el Partido Liberal Constitucionalista (PLC), y acuerda la creación de una delegación en la capital de la república, llamada comité general de propaganda del Partido Revolucionario Sonorense, y se comisiona a Francisco R. Serrano, Rafael Zubarán Capmany, Jesús M. Garza, Francisco Castillo Nájera y Juan de Dios Bojórquez para su organización. Dicho comité se encargaría de organizar los trabajos de propaganda electoral por la república, así como de representar al PRS en su conjunto.⁵¹

La historia vuelve con sus ironías. Pronto el caudillo en la oposición inicia su campaña por varios puntos de la república, y aparecen indicios de que, tras la fachada de los discursos y los banquetes, se dedica a construir una alianza con líderes y jefes militares, con miras a la toma del poder por la mala, si por la buena no se puede. Con un estilo que recuerda las farsas electorales del porfiriato, el aparato de gobierno trabaja por el ingeniero Bonillas, el candidato oficial, y hostiliza a los obregonistas. Ya en octubre de 1919, dada la inquina del gobierno contra las actividades del candidato Obregón, Serrano se presenta personalmente ante Carranza para quejarse por la disolución de un club obregonista en Cholula, por la persecución del Partido Socialista de Yucatán y por el asesinato de un partidario de Obregón a manos del general Jesús Guajardo —asesino de Zapata—, a lo que el presidente responde que ignora tales situaciones y que se exigiría «una pronta y cumplida justicia».⁵² Obregón no está para esperar buenas voluntades ni la prueba de la democracia. Un buen día cae en manos del gobierno la prueba de que el candidato opositor calienta los motores para dar un golpe de Estado o provocar un levantamiento. Obregón entonces es requerido en la Ciudad de México mientras que se encuentra en Tampico, donde por cierto caen presos algunos de sus partidarios, entre los que se encuentra uno de los más entusiastas, el diputado constituyente de Tabasco Rafael Martínez de Escobar, de quien siete años después se contará la historia terrible de su final. Obregón tiene nervios de acero y no se deja im-

presionar. En lugar de cruzar la frontera y ponerse a salvo de la furia carrancista, se dirige de inmediato a la Ciudad de México, exponiendo su vida o su libertad. En abril de 1920 Obregón, Serrano y sus abogados y partidarios entran al salón de consejos de guerra de la prisión de Santiago Tlatelolco, para que el primero enfrente las acusaciones de conspiración al lado del general Roberto Cejudo, de acuerdo con una carta interceptada por el gobierno, que les involucraba en un levantamiento.⁵³ El desenlace del rompimiento de Sonora con Carranza en ese mes provoca la salida precipitada de Serrano de la capital con destino a Agua Prieta, «dada la era de persecuciones que se han desatado contra todo lo que huele a obregonismo». En El Paso, Texas, entrega una copia de un documento para su publicación en el diario *La Patria*, en el que da cuenta de la «perfidia» de Carranza contra Sonora, y de sus insanos propósitos respecto de la sucesión presidencial. Así se afirma en su parte inicial:

Don Venustiano Carranza ha creado en México una situación que por insoportable para la revolución tiene que ser insostenible para él. El capricho insensato de nombrar él mismo, como sucesor a la presidencia a un individuo desconocido y oscuro, sin tener presente que la patria ha hecho el sacrificio de diez largos años de lucha sólo para buscar un mejoramiento social y adquirir el derecho de nombrar libremente, conforme a sus leyes, sus propios gobernantes, no le ha dado otro fruto que acabar con los restos del prestigio que conquistó cuando fue Primer Jefe del Ejército constitucionalista, y convertirlos en hogueras de odio en el corazón de los mexicanos... Empezó su obra de demolición de los derechos del pueblo, corrompiendo funcionarios, militares y civiles, ya distribuyendo entre ellos los fondos de la nación, ya saciando sus inmorales manejos en los asuntos públicos, o bien, amenazándolo y hostilizándolo por todos los medios imaginables...⁵⁴

Serrano esgrime aquí la doctrina sonorenses respecto de Carranza: escogió al candidato equivocado, renunció al credo democrático, hostilizó a sus enemigos y corrompió a propios y extraños. La flaca memoria de la política se transforma en amnesia. Ése fue el jefe al que siguieron durante tantos años, y a quien juraron lealtad y fidelidad a su causa. Ahora es, como en su momento lo fueron Huerta o Villa, el enemigo a combatir.

II

UNA EXPERIENCIA DE GOBIERNO NACIONAL

Sonora es un volcán a punto de estallar y sus efectos no tardarán en hacerse sentir en el ámbito nacional. El gobernador Adolfo de la Huerta se pone en abierta rebeldía contra Carranza, después de una controversia sobre la naturaleza federal de dos ríos, el Sonora y el Horcasitas. Orientado por malos consejos y por su propia terquedad, rayana en la soberbia, el presidente Carranza no cesa en su empeño de aplastar al santuario de la nueva revolución —que también lo fue de la anterior— y para ello envía al general Manuel M. Diéguez con la orden de someter a los yaquis, pero con el propósito de establecer un gobierno militar favorable al centro. Diéguez fracasa en su intento, y lo que es peor, se queda paralizado frente a los acontecimientos. Las dificultades llegan a un punto insostenible entre el presidente y el gobernador De la Huerta, y estalla una nueva rebelión desde Agua Prieta, un seco y polvoriento punto fronterizo. Como toda revolución que se respeta, se requiere de un plan, que explique sus motivos, y de un líder militar, que es el general Plutarco Elías Calles, el otrora célebre comisario de esa «pequeña república». El documento se firma, entre otros, por los generales Francisco R. Serrano, Ángel Flores, Francisco R. Manzo; los coroneles Abelardo L. Rodríguez, J. M. Aguirre y Fausto Topete, y civiles como el ingeniero Luis L. León, y así da principio el movimiento nacional que derroca al presidente, abandonado de los suyos y de los que se decían sus aliados.¹ No han pasado dos meses cuando los aguaprietistas toman el control del país y de la capital, y se eligen nuevas autoridades federales. Serrano forma parte de la caravana victoriosa y reanuda sus actividades parlamentarias, antes «interrumpidas por la falta de garantías ante los ataques del gobierno», y es designado por el Congreso

para acompañar al presidente interino Adolfo de la Huerta de su domicilio —el Hotel Regis— a la Cámara de Diputados, el día de su protesta de ley, el 1 de junio de 1920.² Se le nombra de inmediato subsecretario de Guerra y Marina, puesto en el que permanecerá hasta el fin del interinato. Como ya lo ha hecho antes el general Jesús M. Garza, Serrano se integra al Partido Nacional Cooperatista (PNC), el mismo día en que el expresidente Roque González Garza es nombrado su dirigente. Cuando se forma un bloque con el Partido Laborista Mexicano (PLM) y el Partido Socialista del Sureste para oponerse al Partido Liberal Constitucionalista, Serrano forma parte de su «directorio» en compañía de los también cooperatistas Jesús M. Garza, el ingeniero Luis L. León, Jorge Prieto Laurens y Juan de Dios Bojórquez.³

La pacificación del guerrillero Francisco Villa por el presidente interino Adolfo de la Huerta tensa las relaciones al interior del grupo victorioso en la Revolución. Las tropas federales no cesan en la persecución del siempre huidizo Centauro del Norte, de regreso a sus mejores tiempos de consumado guerrillero. Pero aunque Villa tiene en jaque a las autoridades y son muchos sus aliados en diversas partes de México, ya está cansado de la jauría que le persigue sin tregua. Conocía y respetaba a Adolfo de la Huerta —empeñado desde un primer momento en la pacificación tranquila del país—, por lo que decide poner punto final a sus correrías y buscar su retiro a la vida privada. Da el primer paso al trasladarse con su ejército desde la Hacienda de Encinillas en Chihuahua, hasta Sabinas, Coahuila, punto desde donde se comunicaría con De la Huerta. Después de una cabalgata de setecientos kilómetros, a través del implacable Bolsón de Mapimí, el hombre leyenda, el guerrero feroz, se rinde ante el general Eugenio Martínez, representante del único civil de los presidentes que México conocería en esos años, el 28 de julio de 1920. A cambio de este paso, el gobierno se compromete a entregarle la Hacienda de Canutillo en Durango y conservar una escolta de cincuenta hombres, entre otras concesiones. Dos días antes, desde el cañonero *General Guerrero*, los generales Francisco R. Serrano y Benjamín Hill informan a Obregón la decisión de Villa de rendirse al general Eugenio Martínez, jefe de operaciones de Coahuila, Nuevo León y Durango. Le comunican que:

El señor presidente nos llamó para ponerse de acuerdo con nosotros en este asunto y creemos que las medidas tomadas son las más convenientes para procurar al término del problema del Norte (sic). Por encargo también del Sr. presidente de la Huerta le comunicamos a Ud. ya le daremos cuenta oportunamente del resultado final que lleguemos... Grales. B. Hill y F. R. Serrano.

La airada respuesta del general Obregón a Hill y a Serrano apenas guardó las formas. «Ignoro motivos haya tenido señor presidente para encargarnos a ustedes me comunicaran sus tratados con Villa, pues él conoce con toda precisión cuál es mi criterio con respecto a este asunto.» En bombástico tono les dice más adelante: «Quiero suplicarles decir al señor presidente que si el villismo pone en peligro la estabilidad de su gobierno, volveré a improvisarme soldado con el mismo gusto con que he servido a mi patria cuando se ha tratado de liberarla de la ignominia y marcharse al lugar que se me designe.» Con mayor atrevimiento, pone en duda a la figura presidencial: «soy de la opinión que no hay ninguna autoridad por alta que sea su investidura, que tenga el derecho de celebrar con Villa un convenio que cancele su pasado y que incapacite a los tribunales de la actualidad y del futuro para exigirle responsabilidades.»⁴ La respuesta de Serrano es enérgica y sensata:

...como estuve de acuerdo con Ud. en el sentido de procurar cimentar un régimen gubernativo en la República a base de moralidad y respeto a los derechos humanos, estuve también de acuerdo con el Sr. presidente en que se perdone la vida a Villa, a cambio de que cesen ya tantos sacrificios inútiles, no sólo de sangre hermana, sino de intereses económicos para la nación, pues Ud. quizá más que nadie sabe que la campaña contra Villa significaba un agobiante desembolso diario para nuestro exánime erario público...

Pone de ejemplo de magnanimidad y sentido práctico de Estados Unidos, «mucho más adelantados que nuestro pobre país, pues perdonaron la vida al apache Jerónimo, cuyos crímenes fueron siempre más execrables que los de Villa». El cierre de su mensaje refrenda su buen sentido:

...con todo respeto permítaseme recordarle que es necesario tener presente que los hombres de la administración actual no somos unos parásitos del régimen que procuramos implantar en el país, sino partes integrantes de los procuradores de este orden de cosas, y anhelamos que nuestra actitud sea motivo de orgullo para nuestro partido, toda vez que hemos sabido estar a la altura de las circunstancias, demostrando altivez y energía en la guerra y magnanimidad cuando pasando por alto cuestiones secundarias puede consolidarse la paz en la República...⁵

El general Obregón se queda solo en su negativa a aceptar la rendición de Villa, y de nada le sirven sus arranques de furia. Sobre su actitud el presidente Adolfo de la Huerta impone su voluntad y logra su propósito, con el apoyo de los principales jefes sonorenses, incluyendo al general Plutarco Elías Calles, que en un principio rechaza el acuerdo, pero luego lo acepta y felicita a Villa por la determinación tomada.⁶ Pasado el tiempo, el vitriólico Obregón, ya en la presidencia, respalda a su secretario de Hacienda, Adolfo de la Huerta, en sus decisiones para mantener a Villa tranquilo en Canutillo, que incluían generosos subsidios.

El presidente Álvaro Obregón, que asume el poder el 1 de diciembre de 1920, mantiene a Serrano en su puesto de subsecretario de Guerra y Marina, quien por situaciones poco claras, presenta su renuncia al poco tiempo, misma que no es aceptada y permanece en el cargo desde enero de 1921 hasta febrero de 1922.⁷ El 10 de diciembre de 1921 es encargado del despacho de la Secretaría de Guerra y Marina, cubriendo la renuncia del general Enrique Estrada, quien no llega a pisar la Secretaría de Agricultura porque su nombramiento es retirado por el presidente Obregón a raíz de sus declaraciones contra la reforma agraria.⁸ Un mes antes, el 19 de noviembre, Serrano acaba de lograr el grado de general de división, «en virtud de justificar plenamente su ingreso al Ejército, sus empleos, sus hechos de armas, y en general, toda su actuación».⁹ Aquellos son días felices con vino, música y afectos a raudales, lejos de las tormentas que tanto asombrarían a México y al mundo. Dos centenares de amigos encabezados por los miembros del «Centro Recreativo Sonora-Sinaloa» le ofrecen una comida campestre en el Restaurante Xochimilco Inn. Los invitados toman asiento alrededor de mesas dispuestas como «rús-

tico cenador». En la mesa de honor se encuentran el homenajead, el presidente de la república Álvaro Obregón, Ramón Ross (director general de la Beneficencia Pública), los generales Ángel Flores, Roberto Cruz (jefe de la guarnición de la plaza y de las operaciones militares del Valle de México), Pedro J. Almada (inspector general de policía), Aarón Sáenz (subsecretario de Relaciones Exteriores), así como Fernando Torreblanca (secretario particular del presidente), Benigno Valenzuela (director de *El Heraldo de México*), entre otras personalidades. Con el estilo que le caracterizaba, el caudillo toma la palabra:

Sería injusto que yo no hiciera alguna aclaración sobre el origen de esta simpática fiesta, si a Serrano se le hubiera hecho justicia desde hace mucho tiempo se le hubiera conferido el grado de general de división, pero parece un contrasentido que los jefes más queridos, los que más prestigio tienen entre el ejército, sean los últimos en recibir ascensos. Hace mucho tiempo que mi conciencia me dictaba que debía ser concedido el ascenso a Serrano, que lo había conquistado con sus empeños y su constancia, pero un temor vago de que sospechas, murmuraciones y mezquindades menguaran su prestigio, me asaltó y me abstuve de hacerlo. Su personalidad conocida ampliamente en toda la república y fuera de ella determinó en la conciencia de todos que era justo ese ascenso... consciente de la imperiosa necesidad de hacer justicia, decreté el ascenso del general Serrano, poseído de una inmensa satisfacción de haberla hecho, ante la conciencia nacional...¹⁰

Al año siguiente, el 16 de febrero de 1922, Serrano es nombrado secretario de Guerra y Marina, en medio de noticias de diversos levantamientos ocurridos en distintas partes del país, a los que él considera «de carácter exclusivamente local».¹¹ Su mano derecha sería el subsecretario de Guerra y Marina, general Roberto Cruz.¹² Tiene al general de brigada Miguel M. Acosta como oficial mayor. El brigadier Abelardo L. Rodríguez primero es mayor de Órdenes de la Plaza en la Ciudad de México, y luego jefe del Departamento del Estado Mayor. Como subjefe del mismo departamento está el coronel ingeniero F. Ramírez; el general Manuel J. Celis, es jefe del Departamento de Infantería; de Caballería el brigadier Juan C. Zertuche, y al frente de la Artillería, el general Abraham Carmona; en Aviación, Marina, Servicio Médico Militar, Justicia y Primera Reserva del

Ejército Nacional son jefes respectivos el general Gustavo Salinas, el comodoro José de la Llave, el general y doctor Enrique C. Osornio, el licenciado Roberto Olagaray y el contralmirante Hilario Rodríguez Malpica.¹³

Hay que aplicarse de inmediato a la tarea de acabar de pacificar al país. En Michoacán existe un grupo rebelde contra el gobernador Francisco J. Mújica, al que Serrano invita a deponer las armas y dialogar con el gobierno y de no hacerlo: «que se preparen a ser bati-dos por las tropas federales». Llama a los militares con «inquietudes políticas desbordadas» a separarse de sus puestos y a no comprometer al ejército. Con ello —afirma Serrano— se trata de evitar el mal ejemplo que dio Carranza, quien no solamente no dejaba actuar libremente a los militares que gozaban de licencia ilimitada o absoluta, sino que los llamaba a servicio, para convertirlos en elementos parte de «una maquinaria electoral». Serrano invita a los jefes militares descontentos para:

que antes de que dejen de cumplir con sus deberes, por tal o cual tendencia de carácter político o de desafecto personal, se despojen de su investidura y dejen de pertenecer a la Institución... Estamos muy lejos de ser militaristas; nos resignamos únicamente a cumplir con nuestros deberes de militares.¹⁴

Acusa a los levantados de encontrar un nuevo procedimiento para que las autoridades les amnistien cuando sufren un revés: sostienen que su actitud hostil no es contra el gobierno de la república, sino contra tal o cual gobernador, según el estado en que operen. Serrano entonces ordena que se ataque a los rebeldes, independientemente de sus motivaciones y objetivos. Los alzados michoacanos Francisco Cárdenas, José María Guízar y otros entienden el mensaje de inmediato y aprovechan la salida del general Francisco J. Mújica del gobierno del estado, para rendir sus armas sin condiciones. También es el caso de levantamientos como el de Lárraga en Tampico y el de Francisco Lara, terrateniente de San Francisco de las Peñas, Veracruz, inconforme con los procedimientos en materia agraria del gobernador Adalberto Tejeda. Para reforzar la política de la Secretaría de Guerra y Marina, el presidente Obregón instruye al procurador general de la República, Eduardo Neri, para que en todos los proce-

sos de rebelión exijan la responsabilidad civil, procurando, desde luego, el aseguramiento de los bienes que pertenezcan a los reos.¹⁵

En Puebla existe un serio conflicto entre el gobernador general José María Sánchez y la legislatura local. Los diputados opositores, que son mayoría, se instalan en San Marcos, constituyéndose en gran jurado para hacer que el gobernador encare su responsabilidad por los sucesos registrados el 14 de febrero de 1922 en la capital poblana, que cobran la vida de varias personas, a manos del inspector de policía Luis Camarillo. El gobernador arguye que dio órdenes terminantes para que se respetaran las vidas de quienes fueron posteriormente asesinados, y que incluso pidió el auxilio del jefe de operaciones militares, general Gustavo Elizondo, ya que la policía estaba de parte de Camarillo, y procediera a la aprehensión de los responsables. Los diputados, por su parte, sostienen que Camarillo dijo a voz en cuello que tenía instrucciones del mandatario poblano, «para echarse al plato a sus enemigos». Este cargo y otros formulados contra el general Sánchez dieron motivo a que la comisión instructora del gran jurado dictaminara «que ha lugar a proceder en contra del gobernador Sánchez». El general Serrano recibe órdenes del presidente de solucionar este conflicto y garantizar el orden en el estado. Primero echa mano de los instrumentos políticos: invita a los diputados de San Marcos a dialogar con él y con Sánchez en Apizaco, así como a instalarse en el edificio de la legislatura local, con todas las garantías del caso. Por su parte, el gobernador Sánchez propone que una comisión de tres diputados gobiernistas, otra igual de opositores, él mismo y el general Serrano conferencien con el presidente de la república para solucionar el conflicto. Pide que Obregón sea el árbitro y protesta que está dispuesto a obedecer el fallo arbitral, aunque en él se pida que presente su renuncia como gobernador. Ni Sánchez ni los diputados ceden en ese momento, si bien Serrano pone límites al conflicto al lograr que las partes dialoguen, y estimando que las cosas van por buen camino, regresa a la Ciudad de México.¹⁶

Una rebelión de relativa importancia estalla en Tabasco. Frontera es tomado por un grupo de rebeldes con Fernando Segovia a la cabeza, después de un tiroteo con la guarnición de la plaza. Ante la presencia de tropas federales, Segovia ordena la evacuación de Frontera, para luego refugiarse en la Finca San Pedro, propiedad de los hermanos Greene. El general Serrano sale por el Ferrocarril Mexica-

no rumbo a Veracruz, y sigue su marcha desde Puerto México hacia Tabasco en el vapor Zaragoza, al mando de dos mil quinientos hombres de infantería y caballería, siendo antecedido por las tropas del general Vicente González.¹⁷ A la postre, la Finca San Pedro es tomada sin problemas, y Serrano se dirige a Progreso y después a Villahermosa, donde constata la tranquilidad existente en la capital de Tabasco. Otras plazas de relativa importancia, como Barra de Santana, Jonuta, Monte Cristo y Tenosique, son arrebatadas a los alzados.¹⁸ Carlos Greene y otros implicados, por su parte, solicitan ser amnistiados.¹⁹

El secretario de Guerra sale de Frontera para realizar un viaje de inspección a las jefaturas de operaciones de Campeche, Yucatán y Quintana Roo, y después a Chiapas y al Istmo de Tehuantepec, en compañía del general Alejandro Mange, jefe en ambos estados.²⁰ Desde Mérida Serrano informa a Obregón que «debe darse por definitivamente resuelta la situación política del estado», instala en forma interina al general Miguel N. Piña como jefe de operaciones en la península y avala a las tropas federales como garantes de la tranquilidad de la región.²¹ A solicitud de una unión de productores de henequén, Serrano interviene para tratar de solucionar un conflicto laboral y evitar actos tales como un paro general de actividades en el sector. A iniciativa de Serrano, se lleva a cabo una junta en Palacio de Gobierno presidida por el gobernador, con asistencia de las dos partes, a fin de que en términos de cordialidad se procure solución al conflicto.²²

Después de un periplo por la zona, Serrano regresa a la capital, y al llegar, una banda de música lanza al aire sus sones marciales, cuando el convoy del Ferrocarril Mexicano entra al andén. Aquí una muchedumbre de allegados le espera: entre otros, el general Jesús M. Garza, jefe de la guarnición de la plaza; Julio García, su jefe de Estado Mayor, Juan R. Platt, Arturo de Saracho, Santa Anna Almada, Alejo Bay y varios jefes y oficiales.²³ Así son los amigos en los buenos tiempos.

Hombre de imaginación despierta, extraordinario talento natural, de brillante y chispeante conversación, cautiva con su trato simpático a quienes le rodean. Ahora es un hombre maduro, cuyo amor por las diversiones no le mengua ni le riñe con sus más graves responsabi-